

ciones que se declaren. Debido a las peculiaridades del caso español, a la defectuosa relación que tenemos con nuestro pasado reciente, la ficción viene ocupando, en la fijación de ese discurso, un lugar central que tal vez no debería corresponderle, al menos no en esa medida. Y sin embargo lo ocupa, lo quiera o no el autor, que tiene que estar a la altura de esa responsabilidad añadida. Vale. (444-45)

These lines contain what could be considered a condensation of an extensive discussion regarding the role of literature in the political debate and the representation of history in fiction. Or they may constitute yet another of Rosa's ironic subversions of his own creation, of his chosen project, a humble exit from a curious text. This reviewer tends toward the feeling, however, that this is one of the serious statements that are interspersed within the overall humor of these commentaries, and that they represent a serious call for an honest and full-fledged baring of the truth regarding *la memoria histórica*, in any chosen medium. That being said, with Rosa, as we have seen above, in a playful text like this one, many interpretations are possible.

Brooklyn College and the Graduate Center
of the City University of New York

WILLIAM SHERZER

Labordeta, José Antonio. *En el remolino*. Barcelona: Anagrama, 2007.
129 pp.

En la geografía de una provincia española que no lleva nombre —hermética a los hechos que suceden fuera de su temporalidad y espacialidad—, comienzan a circular los primeros vientos de la guerra civil. Los diversos narradores en la novela *En el remolino* (2007) de José Antonio Labordeta, presienten la llegada de un tiempo incierto: «Te lo guardabas dentro —esto va a reventar— quemándote la tripa al comprobar que nadie se enteraba de lo que estaba sucediendo» (61). La voz en segunda persona despierta la conciencia de Manuel advirtiéndole de que algo va a estallar, mientras que los rumores en el pueblo presienten el inicio de una época violenta una vez que el alcalde muere asesinado. Ante la ausencia de la autoridad, y un juez frágil para asumir el control, comenzarán las disputas y los primeros levantamientos en contra de los gobiernos regionales: «Dicen que han matado a Longares en la ciudad. Dicen que el herrero y Pascual se han ido al monte. Dicen que algunos campesinos y leñadores se han marchado también y que Severino anda dispuesto a hacer justicia por su mano, por su cuenta» (57-58). La estructura formal del texto con tres narradores intercalados en primera, segunda y tercera persona

crea el efecto de un relato construido a base de suposiciones y rumores que no afectan la unidad de la obra, ya que lo importante no es la certidumbre de los acontecimientos sino las contradicciones profundas que experimentan los personajes.

La trama principal se concentra en la figura de Braulio, el usurero, comerciante que se apropia de terrenos agrícolas como forma de pago de sus deudores. Este monopolio de la tierra causa el enfado de Severino y su tropa, los cuales logran rescatar parte de la siembra decomisada. Braulio se enfurece con su hermana Dolores por la pérdida de las cosechas y para vengar su cólera mata a Severino en un enfrentamiento. Tras el asesinato, el usurero tiene que huir del pueblo y durante la fuga experimenta una serie de recuerdos en forma de *flashback*, especie de viaje interior que evoca a la madre ausente, la figura paterna violenta, las caricias de Cándida y los enfrentamientos con su hermana Dolores; estas remembranzas —a manera de monólogo— le son narradas a su mula, única compañía capaz de mantenerlo con ilusiones de vida. La tropa del difunto conformada por Rufas, Diego, Ramonete, Manuel y Angelito (hermano de Severino) son los encargados de vengar la muerte de su líder. Durante la persecución de Braulio el narrador intercala otro relato, el de la fuga del herrero y Pascual quienes han huido del pueblo por una revelación onírica.

El gran acierto de la novela es la forma como son intercaladas las voces narrativas a través de los actores, los sueños y los constantes gritos de la conciencia. Además, los recurrentes monólogos discuten las posiciones éticas del sujeto. Por ejemplo, Angelito cuestiona la actitud impasible de sus compañeros frente a la muerte, y sin duda, a pesar de su joven edad es el personaje más crítico de todos: «No entiendo nada, cada vez entiendo menos. Han muerto dos hombres y Rufas está tendido ahí, como si nada hubiese sucedido, fumándose esa apestosa faria que atraganta de humo el ambiente, y parece feliz» (106). También, con gran indiferencia, Dolores reacciona frente a la noticia del asesinato de Braulio, experimentando por primera vez la felicidad de sentirse libre del yugo de su hermano.

En el remolino es una novela ágil donde el contexto histórico se camufla en la angustia, el dolor y la incertidumbre de unos personajes abandonados a la suerte de un destino trágico. La polifonía fragmentaria que emplea Labordeta refuerza el temor existencial de una calma colectiva perdida, que hace impredecible la posición que cada sujeto asume frente al remolino que antecede la tormenta de la guerra civil.